

092/059/062

A ZUNZUNEGUI, ESE "ESPEJO DESIMPLICADO",

ENTRE EL SALUDO Y LA DESPEDIDA.

Lo que más duele, cuando un hombre —que es ya lectura más que cuerpo— se va para no volver, es tener que decirle "hola, amigo" sin esperar respuesta, para poder despedirle luego. Nosotros, los que en nuestra juventud estudiábamos ya la larga lista de novelas del escritor portugués y, sobre todo, nosotros, sus paisanos vascos, nos hemos demorado un largo trecho y hay algo agri dulce que estrecha la garganta cuando nos damos cuenta de que otra vez llegamos tarde a saludarle ("ánimo, amigo, que el tiempo va a cambiar y volveremos a tomar el sol, como solíamos..."). Tan tarde que ya sólo podemos decir adiós.

Juan Antonio Zunzunegui estaba ahí, callado ahora, casi sin moverse, como Jarroja en otro tiempo, al costado de la melancolía y de las modas. Todos estos nuevos vientos y conflictos nos lo han hurtado durante los últimos años, que no la muerte, que ahora viene a recordárnoslo siempre atento a la vida. Unos vientos y conflictos absurdamente nacidos y vividos por encima de la razón de la fraternidad y, sobre todo, por encima de la serena inteligencia.

En algún lugar, creo recordar que en su primera novela "Chiripi", Zunzunegui hacía suya una cita del autor francés Benda que traduzco sin demasiada libertad por "Los intelectuales auténticos deberían ser espejos de la inteligencia imparcial, no implicada".

Pudo entonces este pensamiento sugerirme que "intelligence désintéressée" significaba "inteligencia no comprometida". Hoy no lo veo así; lo contrario equivaldría a negar la obra de Zunzunegui que, sin ser un novelista estrictamente profesional —y siendo, sin embargo, uno de los más fecundos— acude a la novela porque necesita rebatirse a sí mismo, distanciarse de sí mismo, de sus propias actitudes, de su comportamiento o, más sutilmente aún, de su "implicación" inercial en las circunstancias que le rodean.

Se critica lo que se ama o aquello en lo que uno está interesado vivamente. Así nuestro escritor se lleva Bilbao a cuastad dondequiera que vaya en forma de futbolista (vertiginoso ascenso y caída de un héroe frívolo y efímero) en "Chiripi"; o de señorito de clase media indolente y pícaro ("El Chiplichandle");

o de niño consentido y ligero en contraste con gentes menos favorecidas ("Ay..., estos hijos!")....

Un Bilbao, extendido a un mundo, pasando por un Madrid de posguerra, que Zunzunegui contempla haciendo el gran esfuerzo de desimplicarse, desdoblándose distanciándose voluntariamente del yo-protagonista, para observarlo y analizarlo con detalle.

Este fue su compromiso: salirse de su propia vida para desnudar los hechos y dárnoslos masticados ya, a costa de criticarse a sí mismo, a su pueblo y a su gente, como sólo se critica lo que de verdad se quiere. Salirse, sobre todo, del cómodo tren en que viaja un joven de clase media con el porvenir resuelto para hacernos repudiar la indolencia, las torpes costumbres de una sociedad que alienta y hace engordar a los ambiguos, los pícaros, los mediocres o los héroes de barro.

Algún crítico ha calificado a Zunzunegui como "testigo de la vida". Yo, sin tanta autoridad, me inclinaría a concederle un doble papel más activo: sujeto de la vida, corresponsable del mantenimiento de hábitos reprochables, como protagonista de su propia obra, y fiscal de la vida social, en tanto que autor. En todo caso, tenaz ~~ordenador~~ ~~EXHIBITOR~~ de algunos más vicios que virtudes de toda una colectividad a la que -siendo tan suya- adula tan poco porque tanto quiere. Y todo ello con la esperanza de que los implicados en "esta oscura desbandada" puedan variar el rumbo, contemplándose en ese "espejo desimplicado" que tan calladamente acaba de dejarnos.

Por todo ello, gracias, Juan Antonio: tú sabes que nunca es demasiado tarde.